

CRÓNICA DE UN CORAZÓN EN LLAMAS

Es por la mañana. Buenos Aires. Un hombre ciego cruza la calle Fitz Roy. Lleva un bastón –juzgo que de marfil- blanco, rematado en una curvatura sobre la que se apoya como puede. Camina, pero lentamente, por la acera. Lo veo venir hacia el escaparate de mi tienda, causando en mí cierto asombro, y a la vez rubor. Seguidamente, y casi por impulso, creo recordar aquel rostro viejo, como de hombre que anda en una cuenta regresiva. El anuncio que cubría una de las esquinas de mi tienda –que era una panadería- lo corrobora, por lo que mis facciones claramente inglesas no pueden más que subir el sonrojo. El anciano ya ha llegado a la tienda, pero se para junto a la puerta y mira el cartel. Durante unos breves instantes, mientras hacía como el que lo observa, cabecea levemente, como asimilando su propia publicidad. Luego se va, calle arriba.

A lo largo de la mañana y hasta la hora del almuerzo, no había podido dejar de pensar en ese hombre y en lo que había sucedido horas atrás. Momentos antes de cerrar el local, en esa franja de tiempo en que se revisa el almacén, se despachan a los últimos clientes, y se apagan las luces, me fijé en aquel anuncio. Ya sabía lo que decía, pero quise repetir –acaso por orgullo- la actitud del viejo. <<Veinticinco de noviembre, Biblioteca Nacional: XII Encuentro literario a las nueve horas de la noche>>. No sé qué afán entró en mí que anoté – para protegerme del olvido – los datos de aquella conferencia. Después de la última revisión de cajas, sobre las tres de la tarde, cuando las últimas piezas de pan habían sido vendidas y las calles desnudas ya anunciaban la ausencia de nuevos clientes, concluí guardar esos datos, que había apuntado en un pequeño pliego de cartas antiguas, en uno de los estantes del almacén, y concluí, hasta que llegase la fecha ya mencionada olvidarme de ellos.

Así fueron pasando los días –recién había comenzado noviembre- hasta llegar a la noche del veinticinco y a la celebración en la Biblioteca Nacional.

Es en este punto, y aquí nos paramos, donde va a dar comienzo nuestro relato.

La historia que va a seguir a continuación, que está a punto de escribirse cuarenta años después del suceso que prosigue, tuvo lugar entre la mencionada noche del veinticinco del penúltimo mes de 1979 hasta la entrada de la nueva década de 1980. Como podrá comprobar, muchas de las ideas, o todas las ideas que aparecerán en este texto, han tenido desde el principio la única pretensión de ser una crónica, desde el pretencioso título hasta el fatídico final. (De tal forma es como han ido apareciendo los recuerdos en mi memoria). Es así que, con el modelo ya establecido, voy a proceder a explicar la estructura que si bien es autobiográfica, es, como podrá comprobar, también convencional.

Todo comienza, como he dicho, la noche del veinticinco de noviembre, en la Biblioteca Nacional. Buenos Aires anochece entonces tras los postigos del edificio como un árbol sin hojas, con el hábito sensual de una mujer desnuda. Allí, en la Biblioteca, que es lo que nos ocupa, ubiquemos ahora una situación; una conversión. De un lado pongamos al

autor, el que convierte; del otro lado estoy yo, el convertido. Esta relación, que se fraguó en una sala ochavada, con grandes espejos, será el eje sobre el que gire el cuento. Pongamos, además, que fui yo el que quedó cautivado, aquel día de noviembre, de su perfecta sonrisa, de su mágica voz, de su elegante dicción. Pongamos que fue el vasto conocimiento de esta persona (su sabiduría, su dilatada cultura, su acrisolada astucia) la que cambió mis convicciones sobre la literatura, hasta ese momento inéditas. Pongamos, así pues, que escribo por la mágica influencia de Jorge Luis Borges.

Así podemos advertir, entre declamaciones y consejos, la razón principal de esta página que ahora escribo, y de las innumerables páginas que sucedieron a este hecho; páginas, por qué no decirlo, ya olvidadas.

Es el momento, por lo tanto, de advertir, antes de adentrarnos aún más en el relato, que tales consecuencias que me llevaron a mí, Gregorio Ordóñez, hijo de un acomodado panadero e hijo de una maestra, a cambiar los generosos hornos de Fitz Roy por la máquina de escritura, estas consecuencias son demasiadas, y acaso, demasiado fatales; por eso, voy a intentar describir las causas, cada cual a su tiempo, sintetizando lo esencial.

Los primeros datos que le interesarán sean, seguramente, sobre cuales fueron mis primeros pasos. Bien. A raíz de la celebración en la Biblioteca Nacional, de la que el autor del que hablo era director desde 1955, comencé (algunos aseguran que con dogmática locura) a interesarme por el mundo literario y sus inextricables avenidas. Por eso devoré – y Dios sabe que sobre este verbo no cabalga ninguna hipérbole- , digo, devoré cuentos , ensayos , monografías, novelas de capa y novelas negras, poesías románticas y de madrigales, tratados acaso del siglo XVII, hazañas de guerreros, historiografías... y así, hasta cubrir buena parte de lo que hasta entonces había sido mi habitación, digo, mi casa.

Más tarde, digamos que en una o dos semanas, cuando creí tener la suficiente hondura literaria – yo, que no había leído en toda mi vida-, empecé a escribir. Los primeros relatos y también los primeros poemas me parecieron aceptables, e incluso encontraron el aplauso de mis más queridos amigos. He de decir que dedicaba tardes completas -tanto en el escritorio como llegada la noche en los sueños- , a narrar historias de amores imposibles, y a tergiversar algunos personajes de la infancia que había conocido solo mediante algunas películas, o simplemente había recibido de oídas. Pronto, estos deseos por la escritura fueron suplantando poco a poco, pero de una manera irremisible mis labores en la tienda, y lo que es más grave, mi pasión por esas labores que hasta entonces, y con grandes frutos, siempre me habían acompañado. Juzgué como más importante mi parte literaria que el oficio. Escuché, no sin cierta vanidad, el reconocimiento de mis amigos, y no tardaron en llegar los días en los que consideré más interesante el hecho de parapetarme en mi habitación, que el de abrir la tienda y trabajar.

Cumplido el primer mes de dicha conversión – es decir, llegado el siempre mágico día de Navidad- , la calle Fitz Roy había visto como uno de sus más fluidos comercios había sido embargado. (La distraída misiva que reclamaba el pago de la deuda descansaba, aún paciente, en el buzón). En su lugar, habían construido una de esas multinacionales que abarcaban todo. En otro tiempo, estos nuevos negocios que funcionan eliminando a

nuestra competencia lo hubiese, con crudeza, criticado. Creí entender, es cierto, que el establecimiento albergaba una espaciosa mercería textil, y sin embargo, si me lo preguntan ahora lo ignoro con seguridad; a tal grado había llegado mi obstinación, y a buen seguro, mi pérdida. Tal vez fuese por estas fechas en las que tomé la decisión de edificar un relato, y quien sabe, quizás un proyecto de novela. Digo tal vez, porque he luchado, saliendo parcialmente victorioso en ocasiones, contra el recuerdo de aquellos días de diciembre; la vergüenza, no obstante, no me impide explicar ciertos detalles, que considero claves. La novela, que había sido concebida en un perdido tranvía de camino a las afueras de Buenos Aires, constaba de tres grandes capítulos. La estructura, comprenderá, es similar a la de cualquier obra de teatro. En el primer acto, un hombre respetado, y gerente de una pujante empresa de calzados sufría, junto con su familia de tres hijos, un cruento malón de los que padecíamos en Río de la Plata en otras fechas; en el siguiente, esta familia, expoliada de sus bienes y desnuda de patrimonio, se guarecía en una obra social, mientras que el padre, hombre como era de su tiempo, juraba venganza contra los malhechores. Todo acaba, sin embargo, cuando en un callejón de la zona sur de Buenos Aires, el padre, de nombre Arturo Miguel Viterbo, era apresado y asesinado cruelmente, con un machete isleño que sesgaba su corazón como si de una raíz marchita se tratase. El corazón, aún latiente, era lanzado al fuego, como marcaba la tradición de los asesinos.

No obstante, esas imágenes que son largamente necesarias por todo escritor para el correcto cumplimiento de sus letras fueron, como consecuencia de mi progresiva aislación social, cediendo y borrando mis ideas. Por eso concedí ciertos ratos libres; ya en el largo ascensor, ya en el parque de la Recoleta, ya en el dilatado Obelisco, ya ante el vasto océano, pretendí recibir alguna inspiración. Sin embargo, Los objetos de la naturaleza no me fueron obedientes. Fatigué por las calles de Buenos Aires, día y noche, fabulando la estructura de la novela (el desarrollo del nudo, el brusco desenlace, la compleja sintaxis); observé cualquier pelea de bar, cualquier enfrentamiento nocturno, cualquier lucha marítima de los pescadores, cualquier escaramuza en los mercados; regresé, sin pretenderlo, a la Biblioteca Nacional, consulté libros, mapas, emulé ciertos pasajes de Shakespeare en Macbeth, reproduje con exacta precisión a Borges en mi memoria... Circulé, con pesada agonía, por el barrio de Palermo, bebí un café en algún local del Aleph; pero, a la caída de la última noche, cedí. Solamente un hombre –pensé– será capaz de ayudarme.

El hombre, que había visto tanto tiempo atrás, se paró frente a una puerta circular. Era de día, y se veía en la entrada la pulcritud reflexiva de los torniquetes de metal que daban, como en un brillante amanecer del dinero, la bienvenida al nuevo establecimiento.

-Che Borges, yo escuché de su boca hace un mes que más importante que el arte de la escritura es el arte de la lectura. Bien, ya leí a los clásicos, a los autores judíos, a Virgilio, a Dante; recién terminé los cuentos de Horacio y Stevenson, memoricé también la completa obra de Chesterton, la India de Kipling; sin embargo, ahora que intento escribir mi primera obra algo se resiste en mí. ¿Qué me falta?

El anciano, que parecía no escucharle, ojeó, como si no recordara su propia ceguera, el nuevo escaparate, más amplio y expresivo que el anterior. Luego, aceptando la conversación, hizo una mueca, no exenta de kilos y kilos de displicencia.

-Es curioso – insinué el anciano-. Yo pensé que estaría abierto el local antiguo y por eso vine. Escuché como trabajaba el pan, y recordé a su padre aquel cercano día de noviembre. ..Su padre y el mío laburaron juntos en esta tienda, ¿sabe? Sí... Recuerdo como mi padre educaba al suyo en el noble arte del pan; ambos figuraban, sin duda, entre los mejores comerciantes de la ciudad. Yo, que anhelé ser como mi padre, sin embargo me vi impedido a heredar sus prebendas. Dios, o quizás el tiempo, me veló los ojos, y tuve que dictar frases a un amanuense –este a su vez forma parte de este proceso necesario-, para hacer libros y ganarme el pan que producía mi padre a diario. Así, modestamente, fui viviendo hasta encontrarme con usted, que por envidia o necesidad ignora su fortuna. -Apoyado en el bastón, y haciendo una mueca más pronunciada aún que la anterior, se desplazó con un giro hacia la nueva tienda-. Por desgracia, ahora le tengo que decir que todos ignoramos la suya.

Creo, y a petición del propio Borges (cuya sabiduría no dudé en afirmar), que mis libros, si nadie los ha salvado, fueron reciclados finalmente en el contenedor más próximo que encontré. Solo uno de ellos me sobrevivió, y es este. Quizás, si el olvido se mide con la misma justicia que nos da la muerte, lo acabe arrojado en el vivo fuego del tiempo, como el corazón del cuento. En todo caso, su éxito, como mi destino, ya no depende de mí.